

FRANCO, ESE HOMBRE...

Si abrimos las memorias de S. Azaña, apreciamos que su acritud se acrecienta con los militares. Sólo concede importancia a Masquelet y a Franco; "el más temible", escribe, "el único temible".

Lo escribía en agosto de 1931. Estamos ahora en 1975 y ante la vida entera del hombre que, durante cerca de cuarenta años, ha presidido el período histórico que debe llevar con entera justicia su nombre, no sólo porque él lo abrió y mantuvo, sino por el papel singularísimo que desempeñó en él. Durante cerca de medio siglo, Franco ha sido mucho más que Jefe del Gobierno y Jefe del Estado; ha sido como el espacio dentro del cual se ha

desarrollado la política y, en muchos aspectos, la vida en general. Ahora bien, ¿cómo era Franco; cuál era su personalidad?

Entre la docena de biografías que se le han dedicado, hay de todo: desde la casi hagiografía hasta el panfleto. Señalo mi preferencia por dos: la del inglés Crozier, que empieza confesando su disconformidad con el movimiento que Franco conduce y acaba expresando su admiración por el biografiado, y la de Ricardo de la Cierva, que a quien la lea con prevención considerando el lugar y circunstancias de su edición,

pero sepa leerla, reserva numerosas sorpresas. Las líneas que siguen no pretenden ser un retrato, sino, a lo sumo, un boceto al carboncillo, que, sin embargo, tiene la pretensión de haber recogido algunos rasgos característicos del original. No pretende juzgar, sino describir, y contempla la persona, no la obra de Franco. Por eso su título sólo podía ser el del buen documental cinematográfico que hace años realizó José Luis Sáenz de Heredia, a quien lo tomo prestado: "Franco, ese hombre..."

leve ironía, e invitaba a que se comprobase, repasando la historia de Franco, si tales rasgos no pertenecían a su silueta humana. Franco, cazador a la espera, pescador paciente; el hombre sin nervios, que por esta razón irrumpió durante la guerra civil a alemanes e italianos, exasperó a Hitler en Hendaya e impacientó durante la paz a los españoles, simplemente porque su ritmo era distinto y más lento del de todos ellos.

Distinto, pero no impopular por eso, sino, al contrario. Ricardo de la Cierva menciona a Felipe II como el monarca más admirado por Franco; acaso por eso la figura del soberano de El Escorial sea clave para entender la del Caudillo de El Pardo. Por de pronto, en ninguno de ellos la personalidad se produce por la primacía de una gran cualidad que eclipse a los demás, sino por la organización del conjunto de facultades, incluyendo a las menores, que así resultan potenciadas; pero prefiero remitirme a los excelentes estudios históricos sobre el que fue llamado por antonomasia "el rey prudente". Pues bien: seguramente haya sido éste el soberano más popular que hayan tenido los españoles y, sin embargo, fue el más diferente de la generalidad de su pueblo.

A la popularidad de Felipe II contribuyó la de sus ideales. ¿Ocurrió lo mismo en el caso de Franco?

MILITAR ANTE TODO

Crozier nos descubre que la explicación del político era el militar. "Sobre todo—escribe—, Franco es un soldado profesional dedicado a mantener la disciplina y el orden." No un ideólogo, sino "una inteligencia calculadora, bien provista de astucia, excepcionalmente adaptada al logro de victorias y al mantenimiento del poder y mucho menos a la elaboración de contribuciones a la teoría política"; "hombre de principios, no de ideología", y esos principios son—repite—: deber, disciplina y orden. Compara el "Diario de una bandera", que Franco publicó en 1922, con "Mi lucha", que Hitler empezó a escribir poco después, para destacar las diferencias. Aunque las dos obras corresponden a períodos de humillación nacional, que sus autores resienten profundamente, lo que en Hitler es megalomanía, en Franco es profesionalismo, exaltación de las virtudes militares, lealtad, modestia y una falta de interés casi total por la política.

"Repugna a los ideólogos—ha escrito Fernández Figueroa—, imagino, porque enmaraban la realidad y, a ratos, la disfrazan. Su brújula es la del sentido común ordinario, despierto, movido por una voluntad de poder que se apoya en el orden, la jerarquía y la disciplina. Sabe que los hombres, bien mandados, obedecen, y él posee el secreto del mando." La coincidencia entre dos juicios procedentes de comentaristas tan dispares es casi completa. Agreguemos una tercera opinión: la de José María Pemán. "Para Franco—escribe—, la vida política es vida militar." Por eso, "en la nómina de sus colaboradores le tranquilizará más un general que un intelectual".

ES el mejor punto de partida para entender la gran figura histórica que estamos contemplando: Franco, militar, cuya biografía, hasta su exaltación a la Jefatura del Estado, contrasta por su profesionalidad con la de otros militares tempranamente politizados. Ahora bien: es su larga historia militar, hasta 1936, la que explica lo que Franco será como político a partir de esa fecha: el hombre que acepta un puesto de la máxima responsabilidad, y como tiene la obligación de mandar, manda, y cuenta, naturalmente, con ser obedecido, y se hace obedecer si no. Este hombre no se podía conformar con la simple apariencia del poder, sino que exigiría auténtico

poder; plenitud de mando, pero porque solamente así pueden funcionar las instituciones correspondientes—Ejército o Estado—; no en nombre de esta o de aquella ideología; distinción fundamental para descartar un tópico—el de caudillo fascista—que por sí sólo descalifica al que lo emplea.

Le apartaban de ese tópico formación y temperamento.

En cuanto a la primera, por cuanto el militar políticamente suele ser moderado, lo es o acaba siéndolo en todas partes; lo ha sido siempre en nuestra historia. En el caso de Franco, además, su formación en Marruecos le dio la serie de cualidades que permitieron hablar de "las raíces africanas" de su política: la espera paciente, la táctica del bloqueo, la administración pacífica del "chau-chau", de la negociación; todo lo opuesto al canon romántico del huracán centelleante, que tan bien cuadraría, en cambio, con el insipido demagogo político. Su valor personal indiscutible iría siempre precedido, acompañado y prolongado por la previsión y la inteligencia. Recuérdese el elogio que Indalecio Prieto hizo de él en su famoso discurso de Cuenca, el 1 de mayo de 1936: "Le he conocido de cerca cuando era comandante. Le he visto luchar en África, y, para mí, el general Franco, que entonces peleaba en la Legión a las órdenes del hoy también general Millán Astray, llega a la fórmula suprema del valor: es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad." Las anécdotas son tan numerosas como se quiera; más, naturalmente, conforme aumentan las responsabilidades y el estratega tiene que sobreponerse al táctico, y el hombre de Estado al estratega. Nada permitió nunca ver en él al Hitler o al Mussolini ibérico que tantos se empeñaron en ver.

Pero es que muy poco nos hace ver en él al ibero del tópico. Ciano se dio cuenta. "Franco—escribía—ha dado prueba de poseer cualidades singulares en un español. Es tranquilo, discreto, de pocas palabras." Por eso Hitler no le entendió en absoluto. Sin duda le aplicaba el tópico mencionado: la imagen convencional que él se hacía de los latinos. ¡Naturalmente, no coincidían! Y es que Franco—nueva y decisiva característica—, con ser y no poder ser más que profundamente español, lo ha sido a través de su Galicia natal.

ple: dos cualidades que le son inherentes". "Hombre de una pieza, que no es fanático—al revés que se piensa—, sino dócil, calculador y sereno; evita el conflicto en lo que puede, incluso lo desatiende hasta el límite—el tiempo, con su simple paso, arregla bastantes conflictos, quizá ficticios—; cuando percibe que se torna vidrioso, lo saja y sanciona. Entonces no cede"

VOLVIENDO a las comparaciones deportivas (las aficiones de un hombre le definen), Jaime de Foxá le explicó por la pesca. Enumeraba las virtudes que exige ese deporte, a saber: espíritu de observación, optimismo, tenacidad, resistencia ante la adversidad, confianza en la buena fortuna, paciencia, espíritu crítico y un cierto fondo de

UN GUION DE CINE: "RAZA"

Otro de sus biógrafos, y no simpatizante, Soldston, lo ve claramente: era "cabalmente lo que decía ser: un devoto profundo, un firme autoritario, de mente tradicional, intensamente patriota". Una vez más tenemos que volver a recordar su condición militar. La ideología de Franco era la de aquella parte del Ejército que a lo largo de la guerra de Marruecos se fue nacionalizando en contraste con una política que no sólo le era hostil, sino a la que juzgaba fatal para el país. La consecuencia sería la reacción en nombre de unos principios fundamentales, pocos, claros y firmes, que vamos a encontrar inalterables a lo largo de la vida de Franco.

Son los que declaró en los dos discursos que pronunció el 1 de octubre de 1936: ante la Junta de Defensa Nacional, el primero, cuando asumió todos los poderes del Estado, y el segundo, aquella misma noche, dirigiéndose al país por el radio. Todo lo que a lo largo de treinta y tantos años diría Franco después estaba anunciado en las dos intervenciones mencionadas. Pero todavía podemos recurrir a un testimonio superior, a mi juicio, a cualquier otro, por lo sintético, vivo y espontáneo: el guión cinematográfico que Franco escribió, bajo el seudónimo de Jaime de Andrade, y que con su mismo título, "Raza", llevó a la pantalla José Luis Sáenz de Heredia, posterior e igualmente afortunado realizador de "Franco, ese hombre".

"Raza" es la historia de una familia española desde los tiempos de Santiago de Cuba hasta la guerra civil. El dilatado y accidentado relato da ocasión a su autor para levantar las paredes maestras de su edificio ideológico; a saber:

1. La familia tradicional que ha hecho del deber una religión en contraste con el materialismo general.
2. Amor al mar.
3. El ejemplo del padre; su sacrificio en el cumplimiento del deber. Santiago de Cuba. Y la bandera clavada; no hay redención. Pero, "al final, sin armas, sin efectivos, sin política exterior, aislados del mundo, tendremos la culpa los militares".
4. El recuerdo de la grandeza pasada; el dolor ante la decadencia.
5. Marruecos. Los que critican las que les parecen "quijotescas aventuras para conquistar arenas y peñascales".
6. La desviación del hijo mayor y su redención posterior. La carrera militar del hijo segundo; las virtudes castrenses y su aplicación cívica; el buen mando, la obediencia; la lealtad, valor fundamental. El sacrificio del hijo tercero, religioso.
7. Patriotismo. "¡Qué hermo-

LA TIERRA, LA CAZA Y LA PESCA

DE un historiador tan hostil a él como Salvador de Madariaga es el texto siguiente: "El general Franco es gallego, y el gallego es el único europeo que le gana al inglés en el número de cosas que lleva en la cabeza simultáneamente. El inglés es capaz de perseguir a la vez dos líneas mentales; el gallego, lo menos tres, y aun suele llevar otra en la trastienda." Años después, el mismo Madariaga ha recordado en sus Memorias una conversación con Franco en tiempos de la República: "Me llamó la atención por su inteligencia concreta y exacta más que original y deslumbrante, así como por su tendencia natural a pensar en términos de espíritu público, sin ostentación alguna de hacerlo." Pero lo que más interesa de los juicios de Madariaga es la asociación que establece entre el éxito político de Franco y su "galleguismo". También Rafael Benítez Claros, en el excelente retrato que hace de él en el libro "La España de los españoles", observa que, precisamente porque las cualidades del gallego son comunitarias y

sociales, pueden ser especialmente eficaces en lo político.

La primera es "la blandura de tono, la distensión de carácter". Frente al "hombre de perfiles ariscos" que es por lo general el español, "ante los gestos excesivos y disparados de nativos y extraños", Franco va a oponer "su remanso racial, aquel sosiego que confunde y contagia luego el nerviosismo... esta suavidad extrema, bajo la cual subsiste, sin embargo, una decisión inquebrantable". Después están sus otras cualidades: la "penetración sagaz" de los hombres y de los problemas, "una desconfianza calma frente a las situaciones y una capacidad inagotable de espera para la maduración—y resolución final—de las mismas; una persistencia laboriosa, o constancia, en la persecución de los objetivos y una cautela política extremada en la administración de todo ello".

El citado Fernández Figueroa señala que "su genio es el del cazador a la espera: la paciencia. Pocos hombres de Gobierno han usado con tanto tino como él este recurso. Exige cálculo y tem-

los valientes! Pecan los que los menosprecian; rebajan nuestra victoria e injurian a nuestra raza") y redención (la revolución como engaño al pueblo).

El valor representativo de la historia me parece evidente. Pero no sólo respecto de su autor. "Raza" es mucho más que un autorretrato; es el retrato de una sociedad. Esa ideología, que era la de Franco, era también la de la gran masa que sostuvo la causa nacional; la que podría llamarse opinión media o denominador político común de esa España. En 1961 el jesuita Juan Rey publicó, con el título "Por qué luchó un millón de muertos", una colección de documentos inéditos de combatientes nacionales y de familiares suyos; las opiniones, las convicciones, la fe que manifiestan son exactamente las de "Raza". Y la experiencia de superponer las distintas ideologías que concurrieron al Alzamiento para descubrir en qué coincidían daría como resultado unos principios muy parecidos a los que personalmente profesaba Francisco Franco.

Principios ampliamente nacionales más que específicamente políticos. Su programa sería por eso combatir los que muchos años después llamó "demonios familiares de los españoles", a saber: "espíritu anárquico, crítica negativa, insolidaridad entre los hombres, extremismo y enemistad mutua". No sería difícil encontrar el antídoto a esos "demonios" en las ordenanzas militares, pero también puede servirnos el estudio que se ha hecho del léxico político de Franco. He aquí sus palabras clave: autoridad, continuidad, convivencia, fe, realidad, servicio, trabajo, unidad, voluntad... Predominio de la función representativa o conceptual en las palabras que emplea, con ausencia casi total de la función expresiva y de la anécdota, de los relativos y de los superlativos, así como de las imágenes, de no ser las que Antonio Cillán Apalategui, autor del estudio a que me refiero, denomina imágenes "amarillentas", nada fulgurantes. La más usada, la de "cauce".

"PODER: LO QUE SE PUEDE"

NADA, pues, de enigmático en el pensamiento de Franco. Ahora, pongámoslo en relación con el temperamento que he descrito al principio. El resultado es que ese pensamiento iba a estar servido por un sentido de la realidad que pondría flexibilidad en la ideología a compás de las circunstancias. "Para los gallegos—escribe Pemán—, el poder no es un sustantivo; es un verbo deslizando, es lo que se puede." Y un crítico de su sistema como Max Gallo reconocía que "el Caudillo sabe plegarse a los hechos". Con lo que se consigue muchas veces acabar conduciendo a los hechos, pero, en todo caso, se cumple esa regla primera de la política que es plegarse a la realidad. Más todavía: se logra corregir los defectos y completar las insuficiencias que cualquier ideología presenta frente a una vida que cada día es nueva y más rica y compleja que todas las doctrinas en que se la quiera encerrar. Es eso, y la capacidad de maniobra que supone, lo que distinguía a Franco de sus imitadores; los que pretendían ser más franquistas que él mismo.

LES faltaba también el sentido del humor, el "acentuado trasfondo irónico" que señala Arellza, el cual ha escrito lo que todos sabemos: que "en muchos aspectos, Franco ha sido el gran moderador del franquismo". Lo típico de los archifranquistas sería la tendencia a comunicarse en posiciones cerradas; sería, en cambio, típico de Franco dejar siempre una puerta abierta a otras posibilidades por ese último primor de la prudencia que es desconfiar hasta de lo que parece evidente, por si a última hora la evidencia se equivoca. Fue lo que le permitió salvar el difícilísimo trance de la guerra mundial y permanecer, mientras delante de él desfilaban los fascismos, el renacer de las democracias, Hitler y Eisenhower, la planificación, la liberalización, la Iglesia de Trento y la del Concilio, el estalinismo y el clima del comunismo, la rebelión del Tercer

Mundo y la crisis de la sociedad de consumo, con una capacidad de supervivencia que no ha tenido igual en nuestra época.

Eso, de fronteras afuera. En el interior, ¿dónde estaba esa válvula de escape? A mi juicio, en esto: Franco acotó un espacio, tan amplio como le permitían sus principios—y un poco más—, y dentro de él dejó moverse a la política. Si en el aspecto internacional demostró una capacidad de adaptación muy superior a la que calculaban los que se obstinaban en vincularle a unas adherencias de las que se desprendió sin dificultad, en lo interno su capacidad de cambio estuvo facilitada por la diversidad de piezas que podía manejar.

El problema que planteó la década de los sesenta fue la paulatina inutilización de esas piezas ("Ya no hay fuerzas—escribía Emilio Romero—; ni ésta, ni otras. Franco las ha sobrevivido") o su cambio de signo y la aparición de otras que, sin ser hostiles, se escapaban de la ideología acuñada en 1936 y debían ser objeto de una nueva integración sobre bases que tampoco podían ser las de 1936 (no la adhesión, sino la participación, como declaró Arias Navarro, presidente del Gobierno). A lo que se unía la obligada previsión del momento en que faltase la excepcional capacidad de convocatoria del Jefe del Estado. El conjunto de esas circunstancias constituía el reto del posfranquismo. De ese reto, el mismo Franco se daba cuenta, naturalmente. Es conocida su respuesta a quien le preguntaba por el futuro. "Ya estamos en él", le contestó.

Ahora, ante el enorme vacío que deja su muerte, es cuando estamos plenamente en él.

José María GARCIA ESCUDERO